



Nina Berbérova

EL JUNCO REBELDE

Traducción del ruso de Marta Rebón

EDICIONES



INVISIBLES



En la vida de cada uno hay momentos en que, de manera inesperada y sin motivo aparente, se abre de nuevo la puerta que se nos cerró de golpe en la cara, se levanta la ventana enrejada que se acababa de bajar, el tajante «no» que parecía definitivo se convierte en un «quizás», en ese segundo el mundo a nuestro alrededor se transfigura, y por nuestras venas, llenos de esperanza, corre sangre nueva. Se ha concedido una prórroga a algo inevitable, decisivo; se pospone el veredicto del juez, del médico, del cónsul. Una voz nos anuncia que no está todo perdido. Con las piernas trémulas, con lágrimas de gratitud, pasamos a la siguiente sala, donde se nos ruega que «esperemos un poco» antes de ser arrojados al abismo.

Así fue para mí aquella tarde, cuando estaba junto a Einar en la cola de pasajeros para el vuelo de Estocolmo; esperábamos el autobús con destino al aeropuerto de Le Bourget. Él se iba, yo me quedaba.

Entre la multitud, en ese oscuro cruce de París (era el 2 de septiembre de 1939), a las nueve de la noche allí solo estaban los que se marchaban, excepto yo... A todos los acompañantes los habían hecho quedarse en la sala de espera con las ventanas oscurecidas. Allí hubo despedidas, abrazos e incluso lágrimas y, como es habitual, hubo que soltar las manos de niños que se aferraban a mangas y bolsillos. Casi sin pensarlo, salí con Einar por la puerta giratoria. Él sostenía un grueso maletín en una mano y un neceser de cuero en la otra. Ocultos por el abrigo que le colgaba del brazo derecho, mis dedos sostenían los suyos y rocé el frío cierre del neceser. De vez en cuando se posaba sobre mí la mirada de Einar. En la penumbra su rostro parecía extraño, cansado, preocupado. Habían desaparecido los rasgos definidos de sus pómulos y de su barbilla que tanto me gustaban. La inquietud en sus ojos era evidente, tenía la boca entreabierta. «No es guapo», pensé mientras notaba que se me agolpaban las lágrimas en los ojos, y era incapaz de decirle: «Nunca sospeché que fueras feo». Con el billete y el pasaporte en la mano, los pasajeros subieron al autobús. Einar se pasó el abri-

go al brazo izquierdo, y yo solté el neceser. Mostró sus documentos.

—¿Y usted?

Me quedé en silencio, por miedo a oír mi propia voz. Una mirada bastaba para entender que yo no viajaba a Estocolmo.

—¿Quiere darse un paseo hasta Le Bourget? —me preguntó un empleado de uniforme.

—Yo...

—Suba, no estorbe a los demás.

Aún hoy me cuesta creer que dijera esas palabras. ¿Había pasado en realidad? ¿Y por qué a mí, y no a otro? Yo no había pedido nada y, además, ¿quién iba a pedirle algo así a un funcionario? Subí los escalones y en silencio nos dirigimos (Einar delante, yo detrás) a los asientos traseros y nos sentamos. Me rodeó con su brazo y yo me quedé quieta sobre su hombro, sobre su pecho ancho y tranquilo donde latía el corazón de Einar, tal como lo había oído en todas mis últimas noches de insomnio.